

MUERTE A LOS COCHES

BLAKE NELSON



www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Traducción del inglés: Alexandre Casal Vázquez

Publicado originalmente por Scholastic Press,
un sello de Scholastic Inc.

© Blake Nelson, 2009
© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para James y Misha

«Cada generación necesita
una revolución nueva».

THOMAS JEFFERSON





PARTE

1

James Hoff

Lengua de tercero, nivel superior

Profesor Cogweiller

TAREA: redacción persuasiva de cuatro páginas

MUERTE A LOS COCHES

Estamos en el límite. Estamos al borde del precipicio. Hemos alcanzado un punto crítico de la historia. El efecto invernadero calienta los mares, machaca la atmósfera y transforma el planeta entero. La contaminación y los productos tóxicos amenazan no solo nuestras vidas, sino la vida en la Tierra. ¡Si no nos movemos, todo estará perdido!

No podemos seguir poniendo parches que solo sirven para calmar conciencias. Reciclar, comprar productos «verdes» o ir en autobús el Día sin Coches: nada de eso sirve para salvar la atmósfera o evitar el calentamiento producido por la contaminación. Comer ensalada ecológica no va a enfriar el Polo Norte. Tenemos que acallar nuestros miedos y atajar el problema de raíz.

Debemos acabar con los coches.

Debemos acabar con los coches por lo que hacen.

Debemos acabar con los coches por lo que implican.

Debemos acabar con los coches para destruir los esquemas mentales que nos impiden ver más allá de nuestro egoísmo y nuestras necesidades inmediatas.

Debemos acabar con los coches porque, si no lo hacemos, serán ellos los que acaben con nosotros.

Un mundo sin coches es posible. ¿Pero cómo imaginar algo así, viviendo como vivimos?

UNA MÁQUINA PRIMITIVA

El coche es una máquina primitiva. No tiene nada de complicado. Le echas gasolina y escupe veneno. Ya está.

¿Arrancarías tu coche dentro del garaje y te quedarías al lado leyendo el periódico mientras el aire se llena de humo? No. Si es así, ¿por qué lo hacemos a escala mundial?

ESTOY HARTO DE LOS COCHES

Estoy harto de ver coches encendidos y parados en el aparcamiento del instituto. Estoy harto del río de tráfico que se forma todas las mañanas en la carretera que pasa junto a mi casa. Estoy harto de ir en autobús y verme rodeado por esas máquinas, el noventa por ciento de las cuales transportan UNA SOLA PERSONA. Estoy harto de esa señora que vive metida en su burbuja de falsa seguridad, con su botellín de agua mineral y su barrita de cereales de cultivo ecológico, que contamina el medio ambiente metida en su habitáculo climatizado y aislado, creyendo que beber falsa agua mineral y comer falsas barritas sanas va a purificarle el cuerpo. Rechazo a esa clase de gente. Rechazo la falsedad en su manera de pensar.

LA GENTE ES PATÉTICA EN GENERAL

Entiendo que la gente es patética y no puede prescindir de los artículos de lujo una vez que los poseen. Denuncio su patetismo.

Entiendo que la gente es débil y no es capaz de ir andando al centro comercial una vez se ha acostumbrado a ir en coche. Denuncio su debilidad.

Entiendo que forma parte de la naturaleza de los consumistadounidenses el ir en coche a todas partes para

comprar cantidades ingentes de basura inútil. Denuncio su simpleza mental.

Entiendo que nuestra economía depende de la producción y el consumo de BASURA INÚTIL. Los denuncio a todos: TARGET, WALMART, ROSS DRESS FOR LESS, SEARS, K-MART, MERVYNS. ¡Basura! ¡Todo basura! ¡Basura y nada más!

REBELÉMONOS

Jóvenes, estudiantes, librepensadores y cualquiera que se atreva a aceptar la realidad: os pido que **ABRÁIS LOS OJOS** y veáis adónde nos conduce la presente situación. El automóvil es el fundamento sobre el que se levanta nuestro estilo de vida insostenible. Hay que **DESTRUIR** todos los coches. Todos sin excepción. Incluso los cochecitos más monos. Incluso el Mini Cooper que te regaló tu padre por tu cumpleaños, Ashley.

Los coches sustentan nuestro sistema político actual. Hacen que la clase trabajadora siga alistándose en el ejército. Hacen que la gente rica siga manteniendo sus mansiones y sus aviones privados. Al sentarnos en nuestros monovolúmenes y movernos a dos por hora en los atascos quemando gasolina inútilmente, lo único que hacemos es mantener a flote este sistema social injusto. Las **PETROLERAS** ganan a diario miles de millones de dólares porque a nosotros, los estadounidenses, nos pesa demasiado el culo para ir en bici a clase o al trabajo.

Fin

17 de enero

He sacado un 5,5 en la redacción. Típico. Según Cogweiller, el texto es demasiado emocional y no se sustenta en datos. También dice que insultar a la gente no es la mejor manera de convencerla.

Escribió lo siguiente al margen: «nos pesa demasiado el culo trasero». Me parto.

Sadie Kinnell hizo una redacción sobre el reciclaje y, por supuesto, sacó un 10. Cogweiller leyó el texto delante de toda la clase (me lo contó Gabe). Por suerte, no estoy en el mismo grupo que Sadie Kinnell.

18 de enero

Mientras almorzaba vi a Sadie Kinnell en la cola del comedor. Estaba hablando con Will Greer, el tío con el que se supone que había cortado. La verdad, es difícil saber si siguen juntos o no.

Sadie fue mi novia en segundo. Nuestra relación no iba muy bien. Discutíamos cada dos por tres. Sin embargo, en algunas cosas sí que estábamos de acuerdo. Ella también piensa que hay que detener la destrucción del planeta (¡apúntate una, Sadie!). Sin embargo, diferimos en nuestra propuesta de soluciones. Ella piensa, por ejemplo, que «concienciar a la gente» es una buena estrategia. O ponerse pulseritas de colores con frases como «Por la condonación de la Deuda Externa» o «Ayudemos a los Refugiados». De hecho, ha montado un Club de Activistas que está lleno de santurrones presuntuosos. En el fondo no es más que una sabihonda. Saca muy buenas notas y supongo que logrará entrar en una universidad de élite. Eso sí: besaba como el culo. Ni siquiera sé por qué estoy escribiendo todo esto. Paso de ella.

Cogweiller dice que puedo repetir el trabajo si quiero mejorar la nota. Me recomienda «utilizar ejemplos concretos y añadir una perspectiva personal».

James Hoff

Lengua de tercero, nivel superior

Profesor Cogweiller

TAREA DE RECUPERACIÓN: *redacción persuasiva
de cuatro páginas*

EL PROBLEMA DE LOS COCHES

Tenemos un problema en el instituto: los coches.

Todos los días, al acabar las clases, decenas de coches se acumulan en la entrada. Hay tantos que rodean el edificio y llegan hasta la carretera, con el consiguiente riesgo de accidentes. La caravana de todoterrenos descomunales, furgonetas de gama alta y monovolúmenes espera al ralentí hasta una hora, asfixiándonos con sus gases tóxicos. Algunos de esos vehículos son tan grandes que sus tubos de escape quedan a la misma altura que la cara de los alumnos de primero.

¡Respirad bien hondo, chicos!

Y esto, en un instituto del que pueden expulsarte por darle una calada a un cigarrillo.

EJEMPLO CONCRETO

A mi amigo Gabe viene a recogerlo su madre en un Ford Expedition, tan alto que hace falta subirse al techo de otro coche más pequeño para montarse en él. Una vez le pregunté a Gabe cuánta gasolina consumía. No supo responder. Le pedí que se lo preguntase a su madre, pero resultó que ella tampoco lo sabía. En todo caso, Gabe afirma que llenan el depósito una vez por semana y que les cuesta unos doscientos dólares (su madre ni

siquiera mira la cantidad exacta). Le pregunté a Gabe por qué su madre no apaga el motor mientras espera, y él me dijo que no puede hacerlo porque en invierno hace frío y necesita tener la calefacción encendida. Luego, en verano, hace calor y necesita poner el aire acondicionado. En resumen, le hace falta el climatizador.

Sí, claro que le hace falta. Y sobre todo CUANDO NOS ESTEMOS ACHICHARRANDO GRACIAS AL CALENTAMIENTO GLOBAL PROVOCADO POR GENTE A LA QUE NO LE APETECE APAGAR EL MOTOR DEL COCHE.

PERSPECTIVA PERSONAL

Soy joven y eso hace que me preocupe por el medio ambiente. Más que nada, pienso que NUESTRA AVARICIA Y NUESTRA TEMERIDAD ESTÁN DESTRUYENDO EL PLANETA. Lo estamos atiborrando de veneno y basura porque NO SOMOS CAPACES DE PARAR UN MOMENTO EN NUESTRA ORGÍA CONSUMISTADOUNIDENSE PARA DETENERNOS A PENSAR EN LAS CONSECUENCIAS DE NUESTROS ACTOS. Gente como la madre de Gabe –quien, por cierto, es tan buena persona como la que más– no es capaz de imaginarse una vida sin los pequeños lujos que le ofrece el mercado. Anda por ahí con su coche malgastando combustible, desperdiciando todo aquello que toca y consumiendo a un ritmo absurdo. ¿Por qué lo hace? Pues porque nunca se ha detenido a analizar su estilo de vida. Es la personificación del consumismo estadounidense: conduce un coche que quema DIECIOCHO LITROS DE GASOLINA CADA CIEN KILÓMETROS. Va al centro comercial A DIARIO a comprar BASURA INÚTIL porque eso es lo

único que sabe hacer. Eso es lo que la tele le dice que haga. Eso es lo que hacen todas las madres.

Personalmente, me niego a vivir en un país como este. En cuanto acabe el instituto, pienso EMIGRAR A OSLO. Estuve allí una vez cuando tenía trece años. Allí la gente es más inteligente que aquí. Ni se les ocurre comprar un Ford Expedition. No cabría en sus carreteras.

Fin

22 de enero

He ido a ver a Cogweiller en su despacho. Después del currazo que me pegué, me ha puesto un miserable 6,5.

Dice que mi «pose dramática» no es tan efectiva como lo serían «unos argumentos expuestos con claridad y retórica convincente».

Cree que no voy en serio, que quiero tomarle el pelo, que no me creo lo que escribo.

Los adultos pasan de todo. El planeta les da igual. Han tenido su ración de diversión y no necesitan más.

Cogweiller también me preguntó por qué uso mayúsculas.

–Cuando las uso significa que estoy gritando –le dije.

–¿A quién le gritas?

–Al mundo.

24 de enero

Día frío y gris, como todos. Llego al insti antes de que amanezca y salgo después de que anochezca. El cielo lleva semanas encapotado. Lluve todas las noches.

Si es cierto lo que nos dijeron el año pasado en clase de biología, este clima es malísimo: la carencia de luz solar altera el humor y deprime a la gente. Y Portland, Oregón, es uno de los sitios más oscuros del mundo. Me alucina que no nos hayamos suicidado todos aún.

Ah, perdón. Se me olvidaba que ya hemos empezado a hacerlo.

25 de enero

Hoy, en la hora de tutoría, Blaire Atwater decidió divertirse un rato a mi costa. Le guiñó el ojo a su amiga y me preguntó por qué rompo los codos de mis jerséis. Le contesté que eso les da un aspecto más gastado y que los jerséis viejos son más bonitos que los nuevos. Me dijo que no lo entendía.

–No me extraña –le respondí.

Y entonces la señora Coupland se enfadó y me dijo que tendría que expulsarme si no me callaba. «Perdone, pero la que empezó a hablar fue ella», protesté yo. Pero, evidentemente, si la Coupland tiene que echarle la culpa a alguien, siempre se la echará al bicho raro en vez de al modelo de consumistadounidense que es Blaire Atwater. Me tuve que aguantar.

29 de enero

Más estupideces acerca de mi jersey: un profesor me paró hoy en el pasillo y me preguntó si mis padres saben que desfiguro la ropa. Utilizó ese mismo verbo: «desfigurar». ¡Ni siquiera está bien usado!

Pero eso no es nada comparado con la exposición que pusieron hace tiempo en la entrada del instituto para celebrar nuestra «Ayuda a los afectados por el huracán». En los paneles había faltas de ortografía: habían escrito mal las palabras «desahuciado» y «contrición», y en uno aparecía el palabro «colateral». Está claro que al instituto no se viene para aprender a escribir, sino para aprender a comprar.

Encima, cuando acababa de librarme del plasta del profesor, me topé de narices con Will Greer. Como siempre, apartó la cara para no saludarme. ¿Le sentará mal ser el segundo novio de Sadie? Segundo novio, segundo plato... El caso es que a él parece gustarle. Al menos, se conforma con ello. Supongo que se contenta con lo que puede rascar.

Y no habían pasado ni diez minutos cuando vi a la mismísima Sadie en la biblioteca, rodeada de su grupito de activistas. Estaban todos sentados alrededor de la mesa del fondo, discutiendo y haciendo algo que parecían pancartas. No pude distinguir lo que ponían. «Liberemos a las ardillitas» o algo así, seguro.

Pringados.

James Hoff

Lengua de tercero, nivel superior

Profesor Cogweiller

TAREA: redacción de cuatro páginas sobre una persona que nos haya influenciado

SADIE KINNEL: **DESDE EL INTERIOR DEL SISTEMA**

Sadie Kinnell es una activista que cree que el sistema se puede cambiar desde dentro. Confía en los servicios sociales, en el trabajo en equipo y en «sumar voluntades». Por ejemplo, piensa que votar es una buena manera de cambiar las cosas. Por supuesto, aún no tenemos edad para votar, pero a ella le parece bien. Dice: «¿Por qué votar antes de los dieciocho? Aún no tenemos suficiente información».

Yo no creo que haya nadie que tenga suficiente información. En mi opinión, el sistema nos impide comprender nada en profundidad. Como no quiero alargarme demasiado, ilustraré mi afirmación con el ejemplo de las guerras: nunca he conocido a nadie que entendiera profunda y verdaderamente por qué entramos en esta o en aquella guerra.

Otras críticas que le hago a Sadie Kinnell:

1. Viste fatal y no se avergüenza de ello. A menudo me decía que me visto con ropa de segunda mano para escandalizar a la gente. En realidad, es bastante cierto, pero ¿qué quiere que haga? ¿Ir a Nordstrom a gastarme un dineral en un polo? No, gracias.

2. Nuestra relación terminó de manera ridícula. Me echó un sermón sobre mi «actitud nihilista» ante la vida. Menuda parida.
3. Más ridiculeces: salió reseñada en la revista *Willamette Week* como «persona notable». Resulta que había ayudado al ayuntamiento a recaudar fondos para hacer un carril bici junto al río. Típico de Sadie. Siempre tan mona, tan concienciada. A todo el mundo le gustan los carriles bici. Y los cachorritos también, ya que nos ponemos. Y mientras tanto, los osos polares se extinguen porque apenas queda hielo en el Ártico, y en India alcanzan temperaturas de 50 grados. ¿Solucionará eso un carril bici? Respuesta: no.
4. La gente ve en Sadie Kinnell «la solución». Gente, tengo una noticia que daros: lo único que va a hacer Sadie Kinnell es estrechar manos, sonreír mucho y limpiar algún parquecillo para que los niños puedan jugar tranquilos. Pero no necesitamos más parques. Lo que necesitamos es que haya menos coches. Menos gente. Menos desarrollo. Y lo necesitamos YA.
5. La realidad de lo que está ocurriendo con nuestro planeta es... en fin, inconcebible. Impensable. Por eso nadie piensa en ello. Sadie incluida.
6. Cuando Sadie Kinnell y yo cortamos, ella declaró que no le gustaba Will Greer. Me cuesta creerlo. Según mi amigo Gabe, no hacían más que hablar durante las clases de química. De hecho, a él le daba la impresión de que «había algo» entre ellos. La verdad es que no culpo a Sadie, aunque Will me sigue pareciendo un plasta. Sadie y yo teníamos problemas

serios. Ella creía que yo debía someterme a un tratamiento con antidepresivos. En cuanto me lo dijo, supe que todo había terminado. Ya no me veía tal como soy. Yo no necesito antidepresivos.

7. Aun así, el hecho de que Sadie me recomendase tomar medicamentos es significativo. El mundo está en peligro y ¿cuál es la solución? Pastillas. Medicinas para no pensar. Para los consumistadounidenses, pensar es tan malo como renunciar a comprar basura inútil. Lo consideran contraproducente. La conciencia es perjudicial; la realidad no tiene importancia. Si analizas con claridad y te expresas con claridad, te conviertes en un problema. «Tu negatividad no hace más que empeorar las cosas».
8. Denuncio a los santurrones, a los buenistas, a los clubes de «activistas» y a toda esa gente que trata de convencernos de que el problema está en vías de solución. Creedme: no lo está. Basta con mirar por la ventana para comprobarlo. ¿Qué es lo que veis? Coches. Millones de coches. Los coches son el problema. Y el problema no deja de crecer.

Fin

1 de febrero

He ido a ver a Cogweiller a su despacho. No parecía muy contento. Se pasó como treinta y siete segundos echándome esa mirada asesina que pone a veces. Creo que es un récord.

Luego me devolvió la redacción. Había apuntado lo siguiente al final:

- Nada de números o listas en las redacciones.
- Nada de escribir sobre otros alumnos.
- Nada de insultar ni emplear lenguaje despectivo.
- Nada de encabezamientos, subencabezamientos y demás recursos que den al texto aspecto de manifiesto.

Ni siquiera me calificó el trabajo. Dice que tengo que repetirlo. Al menos, me gusta eso que puso sobre el «aspecto de manifiesto». Mola.

DISCO BOLERA

Anoche fui con Gabe a la bolera. Gabe había quedado allí con Renee, una chica que le gusta, y me pidió que le acompañara para hacerle de «cómplice». No es que yo sea un cómplice experimentado en este tipo de cosas, pero le dije que sí.

Nos llevó su madre en el Ford Expedition. Allí, sentado en el asiento trasero, observando desde las alturas a los coches más pequeños y menos sedientos de combustible, me sentí como un Señor del Mal. Por supuesto, mantuve la boca cerrada. Gabe no dejaba de mirar su móvil por si Renee le escribía. No tuvo suerte.

Al fin llegamos a la bolera. Dentro había mucho barullo y olía a pies. Había gente por todas partes hablando por teléfono, riéndose por cualquier chorrada y bebiendo refrescos bajos en calorías.

Tardamos poco en encontrar a Renee. Estaba con otras dos chicas y dos tíos que no me sonaban. Eran los típicos chavales de clase media. Las chicas llevaban zapatillas Nike, vaqueros de cintura baja y sudaderas con capucha. Como buenas CONSUMISTADOUNIDENSES, las tres mascaban chicle y charlaban sobre sus últimas compras y sobre las marcas de pintalabios que preferían. En cuanto a ellos, el mismo rollo: camisetas, zapatillas de *skater* con los cordones desatados y pantalones flojos.

Gabe saludó a Renee y le preguntó qué tal. Ella le contestó que estaban a punto de empezar una partida.

Los dos nos calzamos unos zapatos de bolera mientras Renee intentaba encender el marcador automático. Al ver que no funcionaba, pulsó un botón para llamar al encargado. El tipo en cuestión era bastante grande y llevaba el pelo cortado en plan ochentero, corto por delante y largo por detrás. Por si fuera poco, los pantalones le iban peque-

ños y cuando se inclinó para examinar el marcador le vimos un trozo de culo. Nuestros «amigos» empezaron a morir de la risa, especialmente los chicos. Se convirtió en la broma de la noche: «¿Viste cómo rajaba ese tipo?». Ja, ja, ja. Me muero de risa.

Por si a alguien le interesa, yo iba con unos pantalones marrones, una camiseta caqui y el jersey negro con los codos rotos. En los pies llevaba calcetines negros y unos náuticos blancos que había comprado en una tienda de segunda mano. Llevaba tiempo sin echarme champú en el pelo, y aún más sin cortármelo. En suma: a ojos de los CONSUMISTADOUNIDENSES, soy un auténtico friki. Cuando estuve en Oslo hace un par de años, me encontré bastante cómodo. Pero aquí, en mi país, me siento como un marciano.

Y por si a alguien más le interesa, mi familia no está demasiado preocupada por el medio ambiente. De hecho, mi padre es un agente contaminante con patas. No hay motor de combustión que no le guste. Una de sus actuaciones estelares fue la vez en que decidió hacer acampada libre en un bosque de Arizona y se llevó un generador de gasolina. Lo tuvo encendido todo el fin de semana para cargar el ordenador y ver la tele. Yo no sabía si reír o llorar. Libby, mi hermana, quiso comprarle unas pilas para el televisor, porque el generador nos estaba dejando sordos a todos. Pero mi padre no quiso ni oír hablar del tema.

«Las pilas se gastan; los motores, no», le dijo a mi hermana. En serio, con esas mismas palabras.

Pero volvamos a la bolera: cuando el marcador estuvo arreglado, nada nos impedía jugar. Primero tecleamos nuestros nombres y después Gabe y yo fuimos a buscar bolas. Estuvimos un rato examinando los diferentes colores y tamaños.

Gabe se tomaba el asunto muy en serio. Le preocupaba no elegir la bola apropiada y quedar mal con Renee.

–¿Qué te parece esta? ¿Es muy de chica? –me preguntó–. Las negras molan más que esas de espirales, ¿no?

Esta es una de las típicas falacias sobre las que descansa el SISTEMA CONSUMISTADOUNIDENSE: si la eliges bien, la basura inútil te convertirá en una persona deseable.

Y nos pusimos a jugar. Empezó la hermana pequeña de Renee, que está en primero. Corrió hacia delante y lanzó la bola al aire. ¡BLUM! La bola golpeó el suelo a lo bestia, botó y se fue directa a la canaleta. Gabe y yo nos miramos. Los chavales de primero son de traca.

Pero ella, como si nada; en cuanto tiró, se sacó el móvil del bolsillo y se puso a hablar con una amiga sobre un sarpullido que le había visto a alguien en la clase de educación física.

–¿Qué crees que podría ser?... Uf, ni idea... Estaba todo rojo y como hinchado... Sí, supuraba...

Gabe me dio un codazo. Era mi turno. Me levanté y fui por mi bola. Todos me miraban y empecé a sentirme un poco incómodo. Con los pies bien plantados en el parqué, observé mi objetivo: los diez bolos dispuestos en triángulo. En ese momento me di cuenta de que aquella noche había sesión de Disco Bolera. Lo supe porque sobre nuestra calle había un cartel que ponía:

¡DISCO BOLERA!

TODOS LOS VIERNES

de 22:00 a 02:00

Ajá: Disco Bolera. Miré el reloj: ya casi eran las diez. Habíamos tenido suerte.

Pero la sesión de discoteca todavía no había comenzado y yo tenía que estrenarme en la partida, así que di un paso al frente, balanceé la bola, la solté... y, tal como le había pasado a la chica de primero, lo hice con medio segundo de retraso. La bola subió, cayó rebotando (¡BLUM!) y resbaló por la canaleta.

–Los agujeros de la bola estaban pegajosos –pretexté.

Los chicos se rieron un poco. En cuanto a las chicas, me miraban con cara rara. Debían de pensar que yo iba un poco por mi cuenta, y era cierto. No lo hacía a propósito, pero es que nunca sé qué decir cuando estoy con gente así. Nadie quiere oír mis discursos sobre el fin del mundo. Y a mí no me va eso de hablar de culos.

–Tío, ¿qué ha sido eso? –me susurró Gabe cuando me senté.

Tampoco era para tanto; en mi segundo lanzamiento había tumbado cuatro bolos.

–¿A qué te referes, chaval? –repliqué–. He tirado cuatro. A ver si eres capaz de mejorarlo.

Gabe se puso de pie porque le tocaba a él. Le llamé «chaval» un par de veces más para tomarle el pelo y luego volví a sentarme.

Derribó seis.

La primera partida acabó y todos nos fuimos relajando. Luego, una amiga de Renee se me acercó y se sentó a mi lado. Se llamaba Stephanie.

STEPHANIE: A ver, ¿de qué vas?

Yo: ¿Qué quieres decir?

STEPHANIE: Te sientas aquí apartado, no hablas con nadie...

Yo: Soy tímido.

STEPHANIE: ¿Sabes lo que dicen? Que la timidez es una forma de vanidad.

Yo: Vaya.

STEPHANIE: En serio. Las personas tímidas tratan de llamar la atención de los demás, solo que de un modo chungo.

Yo: No lo sabía.

STEPHANIE: Pero tiene sentido, ¿no? Si alguien se aleja de los demás, ¿no te parece que es por vanidad?

Yo: Puede que sí. ¿De dónde lo has sacado? ¿Lo pone en la Biblia, o algo así?

STEPHANIE: Yo qué sé... ¿Qué le ha pasado a tu jersey?

Yo: Nada. Le rompí los codos.

STEPHANIE (*observando los agujeros*): Qué raro. ¿Estás en el club de teatro?

Yo: No. Lo hago porque me gusta. Hace que el jersey parezca viejo, como si los codos se hubiesen roto de tanto ponérmelo.

STEPHANIE: Pero no es así.

Yo: Ya. Pero a mí me mola.

STEPHANIE (*suspirando*): Supongo que siempre tiene que haber gente diferente.

Yo: Bueno, ¿y qué me dices de ti? ¿De qué vas tú?

STEPHANIE (*aliviada por poder hablar de sí misma*): Ah, pues no tengo mucho que contar. Voy a clase, salgo con mis amigos... Ese rollo.

Yo: Ajá.

STEPHANIE: ¿Y qué más? Eeeeh... Me gusta ir de fiesta.

Yo: Sí. A mucha gente le gusta ir de fiesta.

STEPHANIE: Y también me gusta... No sé, hacer cosas, pasar el rato, escuchar música y eso.

Yo: Qué interesante.

STEPHANIE: En realidad, me gusta tomarme las cosas con calma para disfrutarlas más. ¿Y a ti?

Yo: Pues también. Sí. Ante todo, mucha calma.

STEPHANIE: Lo que quiero decir es que... Bueno, ¿por qué agobiarse sin necesidad? ¿Me entiendes?

Yo: Claro.

STEPHANIE (*mientras la iluminación se hace más tenue*): Oh, no. ¿Qué pasa? ¿Qué hacen con las luces?

Yo: Creo que es la Disco Bolera.

STEPHANIE: ¿Qué es eso?

Yo: ¿Ves ese cartel de ahí que dice «Disco Bolera»?

STEPHANIE: Sí.

Yo: Pues eso.

En ese momento, la sesión de discoteca quedó oficialmente inaugurada. El pinchadiscos puso una de los Bee Gees y encendió el mecanismo de la bola de espejos; era como estar en una discoteca de los años setenta, solo que en lugar de bailar, la gente jugaba a los bolos. Bueno, Renee y Stephanie bailaron algo entre tirada y tirada. Daban saltitos y hacían como si montasen a caballo (siempre me ha dado la impresión de que ese bailecito en plan rodeo representa el acto sexual, pero no estoy seguro). A esas alturas, las dos pasaban de Gabe y de mí. Él miraba a Renee con su carita de perro apaleado. Pobre Gabe. Nunca con-

sigue lo que desea. Por otra parte, a todos nos pasa lo mismo.

A la hora de marcharnos, Renee se despidió de Gabe sin casi mirarle a la cara. Los dos nos quedamos plantados junto a la puerta de la bolera hasta que su madre vino a recogerlos en el Ford Expedition.

Ya que estoy, mencionaré que el Ford Expedition tiene un enorme parachoques de metal. Es algo que resulta muy útil si, en el camino de la bolera a casa, tienes que atravesar algún muro o barricada. Los intermitentes están protegidos por rejillas por si los clientes del centro comercial se exaltan y deciden rompértelos con un bate de béisbol. Por supuesto, el peso de esas piezas hace que el coche consuma más combustible aún.

En la oscuridad del asiento trasero, le pregunté a Gabe cómo le había ido con Renee.

–Ya lo has visto –murmuró–. Apenas me dirigió la palabra.

Asentí con la cabeza.

–Podrías haberme ayudado un poco más, ¿no? –dijo–. Por algo te invité a venir.

–Ya. Lo siento –respondí.

Y era verdad.

James Hoff

Lengua de tercero, nivel superior

Profesor Cogweiller

TAREA DE RECUPERACIÓN: *redacción de cuatro páginas sobre una persona que nos haya influenciado*

LA IMPORTANCIA DE LAS MADRES

Las madres ejercen una gran influencia en sus hijos y en los demás niños del barrio. Pongamos, por caso, a la madre de mi amigo Gabe. Es una buena madre. Gabe se lleva bien con ella y sus amigos también (incluso yo). En apariencia, es perfectamente normal: lee libros de Oprah Winfrey, hace cola en los Starbucks y tiene una chaqueta lila de forro polar que se pone casi todos los días. Sin embargo, cuando algo le sale mal, se diluye en lágrimas y pánico. El mundo la aterra. Ese es el motivo por el que posee catorce tarjetas de crédito y un Ford Expedition con un parachoques blindado de cien kilos. Necesita sentirse protegida.

Luego está la madre de Rich Herrington. Es la madre guapa de la pandilla. Por lo visto, en todas las pandillas de chicos del instituto tiene que haber una madre «que está buena». Y la señora Herrington ejerce como tal. Cuando va a la piscina, se pone un minitraje de baño que le sienta de maravilla. No se parece en nada a la madre de Gabe, que se limita a sobrevivir día tras día. Lo que quiere la señora Herrington es parecerse a las famosas de la tele o a las animadoras del instituto. Consume cantidades prodigiosas de BASURA INÚTIL porque cree que la ayuda a mantenerse joven y atractiva. Se engaña, por supuesto, pero no por ello deja de comprarla. Lo cual

es bueno para la economía. Y también para los chicos que van a la piscina.

Hay otra madre en nuestra calle a la que todos conocen como la «madre punk». Siempre lleva vaqueros negros y zapatillas Vans de cuadros. Su marido y ella tienen una hija que aún va al colegio (acaba este año). La han apuntado en toda clase de actividades para chavales «con talento», «creativos» y esas cosas. No parece que le sienten muy bien: una vez, Gabe intentó hablarle y ella se echó a correr. Viste más o menos como su madre, a lo punk, pero no parece que acabe de creérselo. Supongo que estará harta de ver a sus padres haciéndose los enrollados todo el día. Una vez la vimos llorando a moco tendido mientras iba en bici. No quiero ni pensar en cómo va a arreglárselas cuando llegue al instituto.

Mi madre es de las mejores (al menos, eso pienso yo). Se crio en Tucson, Arizona. Después del instituto empezó a estudiar medicina, pero luego conoció a mi padre y lo dejó. Ahora tiene un negocio de suministros médicos. No entiendo cómo pudo juntarse con el alelado de mi padre, porque ella es una tía inteligente y se lo toma todo con filosofía. Incluso cuando no estamos de acuerdo, sé que nos entendemos el uno al otro. De todas formas, ya no hablo tanto con ella como antes. Cuando a mi padre le dio por marcharse, nos acercamos más. Y también Libby, mi hermana pequeña. Hicimos piña entre los tres. Pero luego mi padre volvió y nos distanciamos más que nunca. Claro, mi madre tenía que pasar más tiempo con él. Y hacerle la pelota para que no se marchara de nuevo.

Los padres de mi amiga Jessica Carlucci son los más espabilados. Él es arquitecto y construye casas con materiales alternativos, paneles solares y todo eso. Ella hace yoga y solo compra alimentos ecológicos. Son los únicos

adultos que conozco con algo de conciencia global. Sin embargo, si los miras de cerca, te das cuenta de que todo es fachada. El padre de Jessica tiene el garaje lleno de chismes caros e inútiles y un cortacésped de gasolina como el de mi padre. Todas las semanas, su jardinero empapa de productos tóxicos el césped del jardín para conseguir que «quede un verde bonito». Y con su madre ocurre otro tanto: tras la cosa zen, ¿qué hay? Compra en Nordstrom, solo bebe agua mineral envasada en plástico, no piensa en el combustible que gasta yendo en avión de un lado a otro en su trabajo de consultora...

¿Sirve de algo ser más espabilado, tener un poco más de conciencia medioambiental? ¿Hace que cambie algo? Para nada. Eso sí, nunca se lo he dicho a Jessica. Es bastante sensible con esas cosas, porque su padre tuvo una amante hace unos años y la familia Carlucci estuvo a punto de derrumbarse. De manera que, con ella, ese tema no se toca. Todo va BIEN.

Fin

6 de febrero

Vaya. Es la primera vez que me ponen un cero. Me siento liberado. Con un cero a mis espaldas, solo puedo mejorar.

Hoy Cogweiller no tenía buen aspecto. Espero que no esté enfermo. Cuando nos devolvió los trabajos, se quedó un rato parado frente a mí, clavándome esa mirada marca de la casa.

Después de clase le pregunté si podía volver a intentarlo. Me dijo que más me valía.

7 de febrero

Hoy salí un rato con Jessica Carlucci después de clase. Fuimos al polideportivo para ver un partido de baloncesto en el que jugaba su hermana pequeña. Jessica no paraba de hablar de la universidad. Toda la gente espabilada del insti está obsesionada con el tema últimamente.

El año pasado, cuando Sadie y yo cortamos, Jessica me ayudó mucho. Fue entonces cuando pasamos de ser simples conocidos a convertirnos en amigos. A veces me pregunto por qué no hemos llegado nunca a estar juntos. Creo que le caigo bien, aunque no sé por qué. Supongo que es porque la entiendo. No la juzgo. La verdad es que no sé por qué no la juzgo, cuando juzgo a todo el mundo.

Jessica es muy guapa. Además, viste bien, se pone pendientes chulos, va a la peluquería y todas esas cosas. Seguro que acaba por casarse con algún tipo guapo y forrado. Se me ocurrió pensarlo mientras miraba cómo las chicas del equipo juvenil de baloncesto se mataban por atrapar la pelota. Me puedo imaginar a Jessica viviendo en West Hills y llevando a sus niños a lecciones de tenis en el club privado. Se convertirá en una representante de todo lo que yo odio.

Sin embargo, Jessica Carlucci fue la única que comprendió cómo me sentía después de cortar con Sadie. Nadie más me entendía. Nadie. Jessica me llamaba por las noches para preguntarme cómo estaba.

Y eso.

James Hoff

Lengua de tercero, nivel superior

Profesor Cogweiller

TAREA DE RECUPERACIÓN DE LA TAREA DE RECUPERACIÓN:

redacción de cuatro páginas sobre una persona que nos haya influenciado

KARL MARX

Una persona que me ha influenciado es Karl Marx. Fue un revolucionario, el primer marxista (obviamente), el primer comunista y un pensador importante cuya influencia se extiende por todo el mundo.

Karl Marx nació en Europa durante la revolución industrial, cuando se inventaron las primeras fábricas. Al mirar a su alrededor, vio que la gente pobre tendría que trabajar en las fábricas y se dio cuenta de que los dueños de las fábricas iban a aprovecharse de la gente pobre. Por ejemplo, que les iban a imponer turnos de trabajo de doce horas, que iban a utilizar mano de obra infantil y que, en fin, iban a chuparles la sangre todo lo que pudieran. La situación era nefasta y solo podía empeorar.

Así que Marx decidió pasar a la acción.

Bueno, en realidad no pasó a la acción. Lo que hizo fue ir a la biblioteca para leer un montón de libros y dejar de afeitarse y de cortarse el pelo. Así, cuando se hiciera famoso, tendría un aspecto distinguido y la enorme barba típica de los grandes filósofos.

En todo caso, después de atiborrarse de libros, escribió el *Manifiesto comunista*, que mete caña a diestro y siniestro y es uno de mis libros favoritos.

El *Manifiesto comunista* le dice a la gente pobre que se organice, que no les pase ni una a los dueños de las fábricas y que se defiendan. Además, incluye muchas cosas filosóficas y rollos complicados para que la gente lo estudie en la universidad y escriba libros sobre el tema.

Lo que más me gusta de Marx es pensar en todos los años que se tiró en la biblioteca. Cada vez que voy a la biblioteca del centro y veo a un sin techo que lleva una cacerola en la cabeza o habla con un buzón, pienso: «Ahí está el próximo Karl Marx».

Aunque a lo mejor el próximo Karl Marx soy yo, porque dedico mucho tiempo a pensar en los males del mundo y a pasearme por las bibliotecas. Además, en cuanto pueda voy a dejarme una barba kilométrica porque es una de las cosas que más me gustan del mundo.

Fin

11 de febrero

¡Sí! Aquí está lo que ha puesto Cogweiller al final de mi redacción:

«No eres Karl Marx, y a tu redacción le falta una conclusión. Pero has dado una buena explicación de las ideas de Marx. 7».

¡Tronco! ¡Un 7! Sí, señor: Cogweiller está cayendo en mis redes.





PARTE

2